

Camboya, donde los niños aprenden a compartir su vida con las minas antipersona



Niños que ayudando a sus padres a recoger arroz, o simplemente jugando, por desgracia pisan alguna de esas minas, quedan marcados para el resto de su vida.

"En Camboya hay una persona afectada por las minas por cada cien habitantes, y en Battambang son 2 personas por cada cien; de entre ellos, la mayoría niños".

Hacía tiempo que había visto algunos documentales en TV sobre las minas antipersona y los niños afectados por ellas en Camboya. Nunca me iba a imaginar que algún día iba a conocer directamente a esos niños, y menos aún, al jesuita que está a su cargo, Enrique Figaredo. Me había dejado muy impresionado con los reportajes sobre su labor humanitaria desde hace 19 años con esos niños y mayores.

Lo que más me llamó la atención de esos niños es que, a pesar del problema que tienen, siempre se les veía con la sonrisa en su cara. Una sonrisa que soy incapaz de describir sobre papel. Sonrisa en su rostro acompañada de tristeza que desgraciadamente no pueden ni saben ocultar. Esos niños inocentes que no han conocido nada más en su vida que la desgracia sufrida gracias a los conflictos bélicos entre países vecinos. Niños que simplemente jugando en cualquier parte del poblado o entre los arrozales, tropiezan con una de esas fatídicas minas y quedan marcados para el resto de sus vidas.



Modelo de sillas "mekong" diseñada para todo tipo de terreno.

él y sus compañeros –también algunos españoles– para poder hacer frente a los problemas de sanidad de esos niños.

"Cuando encontramos alguna zona en la que se podrían establecer algunas familias, donde la tierra es cultivable y en época de lluvias no se inunda... nos damos cuenta de que está llena de minas". Entonces pedimos al gobierno Camboyano que nos limpie de minas ese lugar; y nos contesta que no tiene dinero para realizarlo. Algunos países están limpiando varios lugares de minas, pero desgraciadamente se avanza muy despacio y estaremos muchos años para poder terminar de limpiar algunas zonas. En Camboya hay una persona



Kike, así es como le llaman en su centro de acogida, me estuvo contando durante la visita al centro la problemática con la que se encuentran,

afectada por las minas por cada cien habitantes, y en Battambang son 2 personas por cada cien, de entre ellos, la mayoría son niños.

"Cuando encontramos alguna zona donde se podrían establecer algunas familias, donde la tierra es cultivable y en época de lluvias no se inunda... nos damos cuenta de que está llena de minas".



Enrique Figaredo "kike", acompañado por varios de sus jóvenes en el Centro Arrupe (Battambang).

"Camboya es un país que todavía está repleto de minas anti persona, y desgraciadamente, como en todos los países donde ha habido conflictos bélicos, lo están pagando los niños".

"En todas nuestras áreas de actuación se dan clases a niños que no pueden asistir a la escuela, así como libros y ropa. Cuando se considera oportuno, se ayuda a las familias a empezar sus propios negocios o a acceder a oportunidades de ganar dinero. El número de huérfanos de padres que mueren de SIDA crece significativamente. En nuestros casos intentamos buscar alojamiento dentro de la propia aldea. Nuestra intención es fomentar la cohesión familiar; siempre que sea posible."

parte del programa de actividades extraescolares sobre agricultura, creación de pequeños negocios, salud, higiene y derechos humanos. Los estudiantes comparten otras actividades como deportes, biblioteca, plantar y cuidar los pequeños jardines que rodean las casas, vídeos, juegos, dibujo y canciones. Los tutores se reúnen a menudo para apoyarse entre ellos e intentar hacer de Banteay Prieb un lugar donde los corazones, las mentes y las habilidades puedan expandirse.

Banteay Prieb (Casa de la Paloma) Phnom Penh

Otro de los centros de acogida para niños y mayores está a unos 30 km al norte de Phnom Penh. Este centro está dirigido por el Jesuita Joaquín Salord. También él me estuvo acompañando durante la visita a su centro y contándome la problemática con la que se encuentran.

Se dan clases de escultura, costura, mecánica de motos, carpintería, lectura y escritura.

La guerra y las heridas que provoca son los primeros datos que tenemos que tomar en cuenta en este país del sudeste asiático de 181.000 km² (la extensión de Inglaterra), con 12 millones de habitantes y una persona discapacitada por cada 236 habitantes.

De alguna manera todos los camboyanos están traspasados por el dolor; la violencia y la guerra. El corazón de este país ha sido dañado. Todos y todas han sido heridos por tantos años de violencia y revolución. Unos, porque la han vivido en su carne, otros, porque son huérfanos a causa de ella; unos han quedado lisiados en sus cuerpos, otros han quedado heridos en sus entrañas y en su corazón hasta



Algunas de las actividades, como esculpir figuras khmer, son las que realizan los alumnos de la escuela y centro de acogida en Phnom Penh "Banteay Prieb" (Casa de la Paloma).

Se ayuda a todo tipo de gente, jóvenes a mayores. Se les enseña a cultivar la tierra y a sacar provecho del campo, para que en un futuro puedan ellos mismos cultivar en su casa.

Los estudiantes viven en casas especialmente preparadas que les permiten ser autónomos. Son tutelados por graduados de la Casa de la Paloma en años anteriores, que ahora forman parte del personal. También forman



Exposición de los trabajos realizados por los alumnos en Banteay Prieb.

Es difícil encontrar a una familia en Camboya que esté al completo desde los abuelos a los nietos.



En la capital de Camboya, Phnom Penh, hay una gran cantidad de niños mendigando por la calle, y a la vez son víctimas de la prostitución infantil.



el punto de sufrir desequilibrios —en muchos casos, experiencias traumáticas que llevan a la persona a padecer problemas psíquicos—. Esto es algo común a entre los habitantes de Camboya.

Incluso el tejido social del país ha quedado dañado en su interior. Los tipos de relación entre unos y otros y las instituciones sociales tradicionalmente sólidas han sido bruscamente diezmadas. La desconfianza sistemática entre los habitantes de este país se ha convertido en algo común.

La destrucción social y física del país es clara y evidente para cualquier persona en Camboya. Por fuera podemos ver las carreteras que no pueden ser peores, la falta de infraestructuras de comunicación hace que cualquier visitante se imagine el período de guerra del que estamos saliendo. La destrucción del sistema de irrigación, la destrucción de las pocas fábricas que existían, el abandono de las ciudades durante casi tres años y el uso de todo para intenciones militares hace que el daño físico a las infraestructuras de una sociedad civil sean difícilmente cuantificables.

Por otra parte el tejido social roto también ha quedado herido por dentro. Una sociedad agrícola tradicional, como es Camboya, donde la propiedad de la tierra, la cosecha y las estaciones del año marcaban el ámbito de relaciones sociales, ha quedado rota. Muchos valores tradicionales, modos de vida y costumbres han quedado rotos y esto no facilita la normalización de la vida. El país ha quedado vacío de instituciones que favorezcan la confianza de unos ciudadanos con otros. No hay un sistema legal que funcione, un sistema judicial que imparta justicia. Las leyes, si las hay, no se cumplen y las tradiciones rotas por la guerra están retadas por la sociedad moderna globa-

lizada que ya está presente en Camboya.

Es difícil encontrar a una familia en Camboya que esté al completo, desde los abuelos a los nietos.

No es fácil ver una foto de familia hoy en la que estén todos juntos. Las familias están rotas por muchas razones. La pérdida de miembros de la familia por muerte violenta o enfermedad es algo normal. Las familias han quedado heridas por fuera, en su forma, por la violencia de la guerra, algo normal debido a la gran cantidad de regímenes y migraciones forzosas que provocaron separaciones familiares. Por tanto, hoy encontremos personas casadas dos, tres y cuatro veces con hijos de cada una de las parejas. Esto, sumado a la pobreza y a la mentalidad de supervivencia, no sólo provoca división, sino también dificultad en las relaciones, en los comportamientos y falta de responsabilidad en los progenitores al carecer de medios y estabilidad en sus relaciones.

El modo de relación en las familias ha quedado gravemente dañado. La guerra, la falta de estabilidad, la pobreza, los cambios de estilo de vida debido a los diferentes regímenes han sido muy bruscos y muy repetidos. Unido a que las costumbres y la cultura no son estáticas, una institución básica social, como es la familia, ha quedado herida desde dentro. Los roles no están claros y el sentido de pertenencia tampoco.

Las minas anti persona y la falta de vacunas han dejado en este país una huella profunda. Muchas personas han quedado heridas físicamente por la guerra. En Camboya una de cada 236 personas es discapacitada. Y en algunas provincias como Battambang es una de cada 90. El número de mutilados y poliomielíticos supera la media de cualquier país del entorno.



Vertedero de basuras de Phnom Penh.

Algunos rasgos de la sociedad emergente

Bajo este contexto de una sociedad traspasada por el sufrimiento, el hambre y la guerra, existe un país muy joven y dinámico. Hay una Camboya emergente, nueva, diferente del pasado. No se sabe muy bien hacia dónde va, pero lo que está claro es que no vuelve a los esquemas del pasado, los de una sociedad tradicional rural.

Hoy en Camboya se dan todos los contrastes. Conviven el e-mail, internet, el karaoke y los nuevos fenómenos de la globalización en las comunicaciones con telenovelas latinoamericanas, el carro de bueyes, la plantación manual del arroz, las inundaciones estacionales y los desastres naturales. Para una persona que venga del mundo desarrollado, Camboya está lleno de contradicciones porque los sistemas más desarrollados de comunicación conviven con la falta de medios básicos para la subsistencia.

El esfuerzo del gobierno por la educación es grande. Se quiere llegar a todos

El turismo está haciendo surgir también una nueva economía.

los rincones de la geografía camboyana, pero muchos pueblos lejanos de las capitales de provincia no tienen ni escuelas suficientes, ni profesorado capacitado para la gran cantidad de niños de las zonas rurales. La educación es pobre y no alcanza a responder a los nuevos retos que la sociedad emergente del nuevo milenio ha traído.

Por otro lado, la incipiente estabilidad en un país tan joven ha comenzado a atraer nuevos inversores, principalmente de Asia. Una nueva economía se está configurando y un nuevo mapa industrial se está creando. A pesar de que los títulos de propiedad no quedan claros al 100%, sobre todo para aquellos que no gozan de contactos con los grupos de poder: El dinero está entrando en Camboya para invertir y especular en una economía donde tierras que hace tres años tenían un valor ridículo, ahora puede valer hasta 30 veces más.

Sobre todo las industrias intensivas en mano de obra, como es la textil, han surgido en Camboya con gran fuerza. A las afueras de Phnom Penh crecen nuevas instalaciones industriales como setas y una cantidad inmensa de jóvenes del campo viene a estos nuevos polos industriales. Las riquezas naturales: la madera, el pescado del gran lago del "Tonle Sap" y las piedras preciosas de Pailín, son explotadas por compañías extranjeras aliadas con los poderes del país.

El turismo está haciendo surgir también una nueva economía.

Los templos de "Angkor Wat", situados en la provincia de Siem Reap, atraen una gran cantidad de visitantes de todo tipo, desde el más lujoso al de los mochileros, que recorren durante uno o varios meses los países de la zona. Al mismo tiempo, los casinos y lo el bajo coste de la vida atrae un tipo de turismo no deseado, que busca en Camboya todo lo que no puede tener con total libertad en su país de origen: el juego, el sexo y las drogas.

Camboya es un país pobre, sin un orden legal que proteja a los ciudadanos más desfavorecidos, una huerta de cultivo de todos los fenómenos sociales no deseados en otros países. El uso y tráfico de los niños en la industria del sexo y la mendicidad es escandaloso y hace que los grupos que luchan por los derechos humanos, del niño y de la mujer... estén bien ocupados con unos resultados mínimos.

El HIV ya ha mostrado su cara más horrible en Camboya. El SIDA es una dolencia social cada vez más extendida y hace estragos tanto en el campo como en la ciudad. Las muertes por el SIDA son continuas y los niños huérfanos y afectados por la plaga del siglo aumentan en una cantidad que ponen a Camboya a la cabeza de las listas de Asia como sociedad afectada por el HIV.



Uno de los mercados de la capital de Camboya.

Tonle Bati



Hace varios años, un taxista que había conocido en Phnom Penh, viendo mi interés por la gente lugareña y las aldeas del país, quiso mostrarme un pueblecito situado a 40 km al sur de la capital. Ese lugar era precioso. Rodeado de un gran río, afluente del Tonle Sap, repleto en su superficie por las flores de loto y de niños jugando en las orillas. Nada más llegar con el taxi, varios niños se abalanzaron hacia la puerta, intentando ofrecerme la flor de loto e incienso para el Buda, a cambio de unos pocos riels. Todos vestidos con ropa andrajosa y descalzos. Por no decir que muchos de los más pequeños iban sin ropa, desnudos completamente y llenos de mocos y moscas alrededor de su cara. Qué imagen tan deprimente. Pero sin embargo, esos niños mantenían siempre la sonrisa en el rostro que tanto caracteriza a los camboyanos.

De camino hacia el templo, les pregunté por la escuela. Enseguida me cogieron dos niños de la mano y me llevaron a visitar su colegio. Como la puerta de la clase estaba cerrada, uno de ellos entró por la ventana, indicándome que yo también podía saltar. Todos los niños y yo entramos por la ventana. Una vez

en clase, pude observar que no tenían libros de texto. Apenas tenían papel ni lápices para poder escribir. En las paredes colgaba el alfabeto khmer pintado a colores, y las fotografías de los Reyes de Camboya. Al fondo, debajo de las fotografías, una gran pizarra repleta de pequeños y desgastados trozos de tiza blanca.

Pronto me di cuenta que los niños acudían raramente a clase. Como en esta aldea, otras tantas en Camboya. No tienen libros de texto impresos, ni profesorado suficiente.

Por otro lado, me llamó mucho la atención cómo aprovechan el agua de la lluvia para beber y para su aseo personal. En los tejados de las casas, construidas con cañas y uralita, hay trozos de cañería abierta, en la que se va recogiendo el agua de la lluvia que hacen caer en una gran basija de barro donde se acumula hasta su uso.

Desde este artículo me gustaría hacer un llamamiento a la solidaridad con los niños de Camboya.

Textos: Enrique Figaredo y Carlos Plans
Fotografías: Carlos Plans



Forma habitual de aprovechar el agua de la lluvia para beberla y uso personal.



Tonle Bati, aldea situada a unos 40 km de la capital. Desgraciadamente no tienen una frecuencia constante de acudir a clase por falta de profesores y material escolar.